

## El Remanente

Escrito por: Juan Neira (9 C)

La lluvia caía con desespero sobre la indefensa ciudad. El anciano, ya acostumbrado a esa lluvia histórica y omnipresente, miraba hacía una ciudad envuelta en diluvio. Su cuerpo estaba en una posición incomoda, ya que la ventana rota y sucia por la que asomaba su calva cabeza estaba a la espalda del inodoro en el que estaba sentado. No recordó su vejez hasta que un dolor punzante y violento le subió desde la cadera hasta la nuca. “Llevo muchos años muriéndome.”-pensó mientras se acomodaba de nuevo en su trono de heces- “Llevo muchos años sentado”. El dolor era tremendo, pero no vio la necesidad de gastar su ración diaria de vida quejándose al vacío, tenía mejores cosas que hacer. El cálculo que estaba tratando de expulsar de su organismo en ese preciso momento había estado con él desde hacía ya mucho tiempo. Trataba de librarse de lo único que lo había tenido vivo por varios meses. “Vendrá otro.”-pensó-“Siempre vienen otros. Espero que el próximo sea una hernia, son un poco más amigables.” La lluvia había aumentando su fuerza. Los violentos rayos dejaban al anciano a la espera del sonido del trueno, que usualmente no llegaba, o era amortiguado por la aislante sordera del viejo. Tenía que ser un verdadero bombardeo para que el anciano lo oyera, pero cuando lo hacía, el hombre pensaba con indiferencia que la vida se alargaría una semana más. Parecía que el mundo iba a durar para siempre.

Salió del baño dando pequeños pasos. El cálculo no había salido, y el esfuerzo lo había dejado un tanto cansado. “Otro día será.”- dijo en voz alta-“Siempre habrán otros días.” Miró lentamente al recinto en donde se encontraba. Las paredes húmedas estaban vacías, exceptuando a las arañas que las decoraban en los días de lluvia. Una sola silla en la mitad de la pequeña cabaña lo miraba con desdén. Había vivido mucho como para estar albergando el huesudo trasero del débil sobreviviente. Había tenido una vida de gloria, había tenido una vida digna; lástima que sólo durara pocos años. Había quedado aturdida por lo rápido que todo acabó. Se quedó al lado de los que no fueron capaces, se había quedado al lado de la desgracia de la nación. El viejo desvió la mirada con vergüenza. No se había acostumbrado a esa mirada acusadora y despectiva, la misma que él le había

dirigido sus subordinados incompetentes años atrás. “Deja de mirarme así.”-dijo el anciano. “¿Por qué debería hacerlo?”-respondió la silla-“Sabes muy bien que lo mereces, conejo.” “No deberías patear a alguien cuando ha caído.”-dijo el viejo con voz ronca- “No te educaron para eso.” “¡Ya lo has olvidado todo, viejo decrepito!”-gritó la silla-“¡Cobarde, conejo, traidor, comunista!”

El anciano le dio la espalda súbitamente a la silla y lloró recostado en la pared. Sus pesadas lágrimas le inundaban las arrugas de su cara, formadas por una triste mueca de su rostro. Su espalda se resentía por tan violento movimiento, pero su dolor no se comparaba a su vergüenza. Sufría el peso de haber heredado un imperio de barro. Era el único remanente de su especie, el único que vio la vida en su época más bella. Pudo ver un mundo hermoso, brillante, coloreado por crayones. Un mundo maquillado para una noche de elegancia, un mundo viviendo en su último y más hermoso respiro. Un mundo que no debió haber visto.

Su cálculo desaparecía y daba paso a la migraña. El llanto había acabado con las fuerzas del viejo y el dolor quemaba cada centímetro de su espalda. En silencio, se sentó en la silla y escuchó el grito histérico de la lluvia. “Mañana será otro día.”-dijo-“Mañana seguiré aquí, mi dulce y única amiga.”